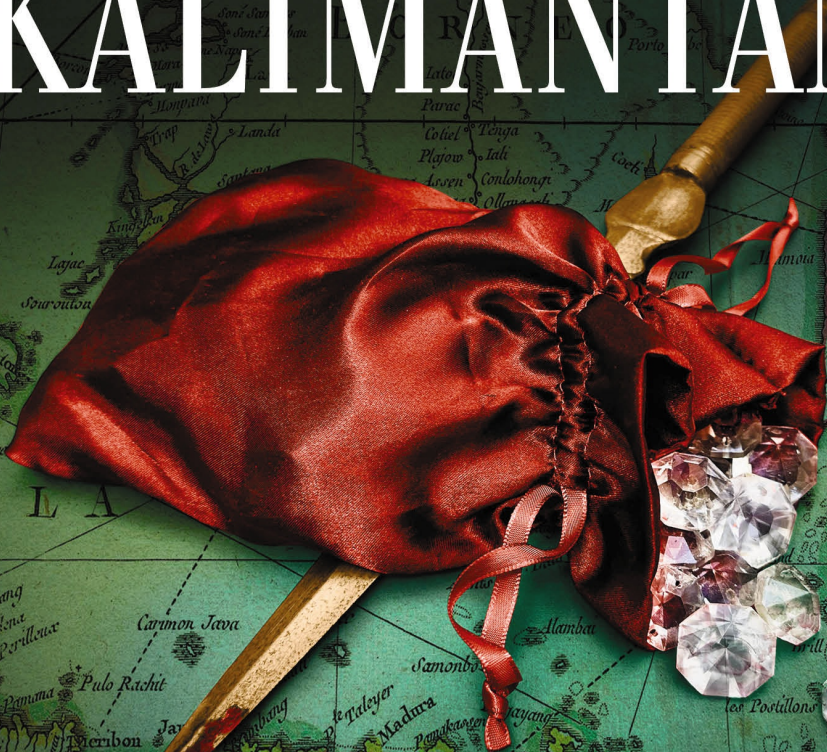


Nina Melero

LOS
DIAMANTES
DE
KALIMANTÁN



CONTRALUZ

NINA
MELERO

Los diamantes
de Kalimantan

Diseño de colección: Estudio Sandra Dios

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Nina Melero, 2024

© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.)

Madrid, 2024

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.contraluzeditorial.es

ISBN: 978-84-19822-10-9

Depósito legal: M. 6.434-2024

Printed in Spain

*A los que estuvieron a mi lado
en momentos oscuros*

Sinopsis

Las brumosas selvas de Borneo custodian más de un secreto: los diamantes que se esconden en sus ríos han servido para sellar pactos y promesas desde hace siglos. Los sultanes los usaban para pagar rescates, los mercaderes indios arriesgaban sus vidas por hacerse con ellos y aventureros de todo pelaje han probado a desafiar a la suerte yendo en su busca. La historia acabó arrastrando los diamantes desde Borneo a tierras lejanas, donde la pericia de los tallistas flamencos convertiría aquellas fabulosas piedras prehistóricas en rosas de Amberes o indescriptibles brillantes victorianos.

Además de diamantes, la jungla guarda dentro de sí los sueños, glorias y tumbas de mil viajeros ya olvidados. Y, últimamente, esconde también algunas otras cosas.

Jaime, un especialista en pájaros que está viviendo un período difícil, decide aferrarse a una oportunidad que se ha abierto ante él y viaja hasta Borneo. Pero no está solo: pronto se convertirá en parte de un grupo de extraños amigos. Con ellos acabará cruzando el territorio de los dayak, los antiguos cortadores de cabezas; y lo que vivirán juntos le demostrará que sus viejos problemas eran solo minucias. Aunque eso ya empieza a intuirlo él mismo nada más llegar a la isla, durante su primera noche en el grandioso (y mugriento) Mindanao Cinco Estrellas...

Primera parte

1

Mindanao Cinco Estrellas

El Mindanao Cinco Estrellas tenía, en realidad, solo una. Los listillos de los dueños sabían que nada les impedía llamar así a su hotel, un antiguo edificio colonial color celeste que se mantenía milagrosamente en pie al norte de Borneo.

Los viajeros que llegábamos a la pequeña ciudad de Kota Kinabalu nos sentíamos ilusionados, contentos de poder permitirnos un alojamiento que imaginábamos como el paradigma del «lujo asiático»... Aunque, nada más verlo, descubríamos que aquel hotel tenía menos de lo primero que de lo segundo. De hecho, no hacía falta ni llegar a él para darse cuenta: creo que la mayoría intuíamos ya lo que nos esperaba al callejear por la zona donde se escondía el Mindanao, en pleno barrio chino, entre puestos de comida frita y letreros de neón.

Yo, a pesar de todo, me sentí feliz al ocupar por fin mi habitación. Deseaba con toda el alma hacer este viaje y, ahora que finalmente me encontraba aquí, estaba tan contento que nada en este mundo tenía el poder de entristecerme. Ni la escala fallida en Kuala Lumpur, que me había obligado a pasar una noche en el suelo del aeropuerto; ni el dinero que me había tangado el conductor del taxi, ni la diarrea perniciososa que llevaba en el cuerpo (beber del grifo en el sudeste asiático: bi-

llete directo al otro barrio), ni siquiera el carnoso rabo gris que había visto deslizarse bajo el mostrador del hotel. Nada. La sensación de libertad y la ilusión de estar aquí me hacían inmune a todo.

Cuando el avión había empezado a acercarse a la costa de Borneo, yo había pegado la nariz a la ventanilla. Al contemplar desde fuera lo que en breve se convertiría en mi presente, me sobrevino una especie de euforia. Sentí una ligereza repentina y efervescente: allí, en aquel mar, bajo un sol de fiesta, me pareció que con las olas espumeaba para mí una promesa, un aire azul de bienvenida.

Desde el aire se veía primero un tapiz de agua, donde algunos islotes color esmeralda parecían flotar a la deriva. Ya sobrevolando tierra, numerosos ríos se entrecruzaban bajo el avión en un trazado singular: anchos meandros de amarillo, como cintas curvas de barro y vida entre los prietos verdes de la selva. Vi la sombra del avión que me transportaba; primero surcando el panorama a toda velocidad, y luego desapareciendo al fundirse con el avión mismo cuando tocamos tierra. Esa fue mi primera impresión de Borneo. Para mí comenzaba a existir a partir de ese preciso instante: había dejado de ser un nombre en un mapa y ahora me tenía dentro.

Una vez en la habitación del hotel, cerré la puerta de madera tras de mí. Estaba deseoso de soltar la mochila, lanzarme sobre la cama en calzoncillos y quedarme dormido mientras hacía redondeles con rotulador sobre el mapa mugriento que llevaba en el bolsillo (todo un clásico). Aunque no fue sencillo, eso de cerrar la puerta: se quedaba enganchada en el suelo y no corría, como si estuviera ligeramente descolgada. Le di varios empujones y la madera crujió, arañando un poco las baldosas pero sin llegar a moverse. Al final tuve que lanzarme contra ella con todo el cuerpo y solo así conseguí cerrarla: por

fin había un fuera y un dentro, y yo me encontraba del lado donde necesitaba estar.

Encendí la lamparilla. En la habitación había una pequeña mesa de contrachapado y una cama sin almohada ni cabecero. La pintura de la pared guardaba precisa memoria de todas las cabezas durmientes que por allí pasaron, conservando indeleble la huella de grasa de los sueños y pesadillas de los mil huéspedes del Mindanao. Un ventilador eléctrico remendado con cinta aislante completaba el conjunto.

Antes de irme a dormir, intenté organizarme. Extendí mis cosas sobre la mesa, hice cálculos sobre el dinero del que disponía y volví a echar un vistazo al sobre que me había acompañado desde que salí de Madrid. Aquel sobre era en realidad el culpable de que yo me encontrara ahora mismo a doce mil kilómetros de mi casa, empapado en sudores fríos y calientes (producto de digestiones de alto riesgo: empanadillas malas, al rico cólico miserere) y con el mar de la China Meridional de telón de fondo.

El sobre venía de Bélgica: el matasellos era de Amberes. Sin embargo, su contenido nada tenía que ver con aquel país. Aunque en el sobre no ponía el remitente, la carta estaba escrita por una antigua conocida, alguien que había trabajado conmigo en un proyecto del Instituto Nacional de Ornitología. Se llamaba Intan y era de Borneo, pero de la parte de la isla que pertenece a Indonesia. La recuerdo muy bien y al mismo tiempo no puedo recordarla. Intercambiamos cientos de *e-mails* y hablábamos con frecuencia por teléfono, pero nunca había llegado a verla. Mi imaginación le había construido una imagen desenfocada a partir de su voz y de lo que sabía de ella: era una persona joven, muy apasionada por su trabajo, con la que siempre podíamos contar. Al otro lado del mundo, aquella chica solucionaba lo que hubiera que solucio-

nar y me enviaba los datos que necesitara a altas horas de la madrugada: fotos, estadísticas. Órdenes de arresto, partes judiciales, traducciones exprés de la nueva legislación indonesia sobre los temas de los que nos ocupábamos.

Fuera quien fuese, la tal Intan era la eficiencia personificada.

Su voz, como sus informes, venía siempre cargada de determinación. Llegué a acostumbrarme a su acento, que en estos últimos días había vuelto a escuchar en boca de otras personas: un lento deslizar de pesadas dulzuras, un goteo de sirope de palma que incitaba y adormecía a partes iguales. En Borneo, hasta las palabras sabían a *gula melaka*.

Las imágenes con las que yo había acabado asociando aquella voz del otro lado del teléfono no eran, sin embargo, demasiado agradables. Los informes de Intan solían venir acompañados de abundante material gráfico (tal y como le habíamos solicitado) sobre el tráfico de animales salvajes en la región. En las fotos había loros embutidos en botellas de plástico, jaulas oxidadas y picos mutilados, cacatúas rebozadas en los restos de las que no sobrevivieron y otras imágenes difíciles de olvidar. Todas eran pruebas del atroz periplo por el que transitan los pájaros antes de acabar en las casas de compradores de países más ricos, deseosos de tener en sus salones (o en sus platos) la palpitación exótica de lo salvaje.

Intan hacía su trabajo a conciencia. Gracias a su labor de investigación, sacamos adelante una espectacular campaña de concienciación contra la venta de pájaros asiáticos en España. Yo admiraba su trabajo. Dentro de mí sabía que habría deseado poder contribuir como ella lo hacía: desde el terreno, al pie del cañón. Pero mi labor era otra. Necesaria también, quizás; pero menos arriesgada y, por tanto, aparentemente menos digna de admiración. Yo no me pateaba los infernales

mercados asiáticos de carne viva, buscando contactos y rastreando redes internacionales de tráfico de especies. Tampoco me adentraba en las selvas y mares del archipiélago malayo para realizar censos de población de aves de belleza tan elusiva que solo habían sido vistas por unos pocos cientos de nativos. No. Yo era el Rey de las Bases de Datos, el Guardián de las Llaves y las Listas. Un empleado cualquiera del Instituto, hundido permanentemente en un mar de números en el que a veces dejaba de hacer pie. Doctorarse en Biología solo para acabar encargándote de cosas así resulta muy frustrante; pero bueno, por desgracia es muy común. No podía quejarme: al menos tenía un trabajo vagamente relacionado con lo que había estudiado. Debería considerarme afortunado... Lo malo es que no me salía.

Algunas tardes, en la oficina, me sentía muy mal. Imaginaba mis pestañas, abrasadas de tanto mirar a la pantalla, cayendo como carbonilla sobre el teclado. O quizás no se trataba solo de mis pestañas... Era mi juventud entera, mis proyectos y mis ilusiones, lo que ardía sin fuego alguno. Mi vida se estaba consumiendo lentamente, como por una mala combustión: allí no había deslumbrantes llamaradas por ningún lado, solo una asfixiante e inútil humareda.

Pero todo eso ya no importa. Ahora estoy aquí, en Borneo. He venido, tal y como ella me ha pedido.

Saco de nuevo su carta del sobre. He leído el mensaje muchas veces, pero la verdad es que resulta difícil de entender. Cada vez que lo leo me parece que dice una cosa distinta. Me pregunto si no lo estaré interpretando mal y todo esto no estará solo en mi imaginación, en mi mente deseosa de tener una excusa para escapar de mi vida. Puede ser. Da igual. En cualquier caso, ya es tarde para echarse atrás... Y me alegro.

Vuelvo a leer el mensaje, y de nuevo me quedo pensativo.

Allí no había pájaros muertos, ni diagramas con líneas de acción contra los traficantes. Su carta no tenía absolutamente nada que ver con nuestro trabajo. Por otro lado, el contenido no era la única cosa sorprendente de aquel mensaje suyo.

Metó la carta en el sobre y abrió la ventana. No se ve el mar, aunque se presiente de algún modo. Desde las calles entra una oscuridad tibia, cargada de olores salados pero no desagradables. Respirar la noche en estas costas es como hundir la cara en el cuerpo de una criatura desconocida que a nuestro lado descansara: intensa y cercana, pero al tiempo algo amenazadora. No sabe uno si buscarla y entrar en ella hasta el fondo, o salir huyendo ahora que todavía no ha despertado.

2

Un visitante

Quiero acostarme, pero no puedo. Llevo más de una hora sentado en el trono... Unos retortijones tremebundos me martirizan las tripas, en las que yo creo que es imposible que quede nada ya. No sé si habrá sido el agua del grifo, la comida callejera o los desajustes propios del viaje, pero siento un revolverse de culebras en el bajo vientre que me tiene doblado en dos. Sospecho que la culpa es de las empanaditas esas... La próxima vez, de postre, pido directamente los santos óleos. Ahora estoy empezando a marearme como en un barco, pero sin el barco: creo que, encima, voy a vomitar.

En esas estoy, cuando de pronto se me cierra el cuerpo. Contengo la respiración. He oído algo. Un chirrido seco, como de madera arrastrando por el suelo. Reconozco el sonido: es la puerta de mi habitación.

¿Se habrá abierto sola? Lo que sigue me saca de dudas: varios empellones, espaciados entre sí por unos segundos de titubeo. Parece que alguien está teniendo tantos problemas como yo para abrir la puerta. Me pregunto si será algún empleado del hotel, pero me extraña. No sé si salir a encararme con el intruso o quedarme aquí en silencio, esperando a que se marche.

No se oye nada más.

Vaya...

Bueno, al menos se me ha cortado la diarrea, de la impresión. Me asomo con prudencia, pero no es necesaria. En la habitación no hay nadie. Compruebo que mi cartera y su contenido están en su sitio. En efecto, no falta nada. Las cosas que había dejado encima de la mesa —la carta, el mapa, el billete del tren de mañana— siguen donde las dejé. Menos mal.

Veo que la puerta está abierta: quienquiera que fuese, no ha tenido tiempo de andar peleándose con ella para cerrarla antes de marcharse. Salgo al pasillo. Por un lado hay una escalera; por el otro, un corredor muy largo que luego gira a la izquierda. Me da la sensación de que veo algo moverse allá al fondo... Una persona que desaparece tras la esquina. Alguien bastante flaco, vestido de oscuro. No sé. Será otro cliente del hotel. Es mejor que me vaya a dormir. Las últimas horas han sido muy intensas y yo ya no estoy en mis cabales.

Cierro la puerta; mañana será otro día. Agotado, me dejo caer sin más sobre las sábanas parduzcas del Mindanao Cinco Estrellas. Necesito fuerzas: me espera un viaje en tren de varios cientos de kilómetros hacia el corazón de la isla, en la vieja ferrovía del North Borneo Express.

3

Vuelan los dados

De camino a la estación, desayuno en un café de la calle. Me siento en una mesa bajo los soportales, en un edificio amarillo limón que hace chaflán. Hay que decir que, a pesar de que todo por aquí está que se cae a pedazos, de día las calles parecen irradiar una alegría perezosa: los árboles cargados de flores, la gente sentada a la entrada de sus casas charlando, las fachadas de estilo colonial y sus coloridos frontones de merengue contra el cielo... Entran ganas de quedarse por aquí, olvidarse de todo y concentrarse en ser feliz. Vaya, no me esperaba yo que este lugar fuese así. Por si fuera poco, a lo lejos se entrevén los picarachos del Kinabalu, con sus cuatro mil metros de roca asediados por la selva; y del mar llega un aire calmo, casi fresco, que te despeja la mente y arrastra consigo hasta los malos pensamientos.

Me como mi desayuno con apetito, mirando de reojo los horarios de la estación y el estadillo que me he dibujado para organizarme. El tren que me dispongo a tomar atraviesa parte del Borneo malayo. Después cruza la frontera y se adentra en el Kalimantan, la parte indonesia de la isla. Durante el período colonial, por estas vías se transportaba el tabaco de las plantaciones del interior hasta la costa, donde me encuentro ahora. Lo malo es que, por lo visto, no era solo tabaco lo que

acababa embarcado en los juncos y barcazas de este puerto. Algo más se filtraba hasta aquí oculto en los trenes, cruzando la selva para evitar las zonas controladas por los holandeses.

Se trataba de una especie de perlas extrañas, casi translúcidas. Por su forma, no parecían haber salido del vientre de ninguna criatura del mar, pero a veces sí compartían con estas cierto brillo nacarado: una tersura rosiblanca algo grasienta. Podrían pasar por fragmentos de madreperla, si no tuvieran transparencia de vidrio. Otras veces aquellos cristales eran dorados como las arenas u oscuros como antiguas gotas de resina. De varios colores o sin ninguno, todos tenían en común la extraordinaria propiedad de jugar con la luz, de robar parte de ella y quedársela dentro, reluciente, en su interior para siempre custodiada. Incluso recién nacidos —aún sin talla ni truco alguno—, se mostraban capaces de aquel prodigio, que tenía algo de hechicería y algo de imaginario.

Era por el afán de conseguirlos por lo que tantos hombres habían venido hasta aquí, arriesgando su vida y llegando a perderla en el intento. Igual daban los cientos de kilómetros de jungla, el hermosísimo infierno de verdes, barro y fiebres; las fieras que te marcaban y seguían durante semanas, o los cazadores de cabezas ponderando la belleza y valor de la tuya. ¿Qué importaba todo eso? Ningún sacrificio parecía excesivo si era por ellos. Según decían, cuando ya se había tenido uno en la mano, se llegaba a hacer cualquier cosa por llegar a poseerlos: todo se acababa dando, a todo se renunciaba, una vez que se partía en busca de los fabulosos diamantes de Kalimantan.

Miro el trazado del ferrocarril en el mapa. Sale de Kota Kinabalu y, sorteando los interminables meandros de los ríos, se dirige hacia el sur. Cruza puentes sin fin, va parando en algunas aldeas, una plantación de pimienta y... Ahí se termina.

Vuelvo a mirar el recorrido, extrañado. Pensaba yo que el tren penetraba en la selva y se dirigía hacia la frontera con Indonesia, pero ni el mapa ni el itinerario que tengo parecen estar de acuerdo. Busco en internet. North Borneo Express... Ahí veré el trayecto claramente.

Los resultados de la búsqueda me desconciertan. Por un lado, muestran una locomotora de vapor; un modelo que supongo ya solo se ve en los museos. Por otro, los textos que aparecen solo hablan de una cosa: los accidentes de este año, del pasado, del otro... Descarrilamientos, puentes colapsados, trenes bloqueados en plena jungla. En una foto hay un vagón suspendido, colgando pavorosamente hacia el vacío. En el río de más abajo se ve algo extraño, como unos bultos de tela arrastrados por el caudal... Cierro la imagen de inmediato: son cuerpos.

La madre del cordero.

Mejor no pensarlo mucho. Apago el móvil. Pero lo que sí tengo que preguntar en la estación es hasta dónde llega el trenecito de marras. Por lo que acabo de ver, el final del trayecto no queda muy lejos, y además está de este lado de la frontera; es decir, sigue siendo parte del Borneo malayo. No entiendo nada.

Saco la carta de Intan del sobre. Ella dice que debo usar ese medio de transporte para llegar al centro de Borneo. «Sigue la ferrovía y estarás al otro lado.» Entiendo que tengo que coger el tren para pasar la frontera. Cierto es que, si quiere decir eso, la idea está formulada de forma un poco extraña, como tantas otras en su mensaje. Parece que intenta darme indicaciones para guiarme, pero sus frases son bastante inusuales y confusas: «esperar a la hora de las guitarras mustias», «buscar el valle de las respuestas» y otras cosas por el estilo. ¿Estaría bromeando? No lo sé. No creo. Supongo que todo es solo el

resultado de una gran confusión, debida en parte a problemas lingüísticos de ella y en parte a mi ignorancia en cuanto a la cultura y la geografía de por aquí.

Además del contenido del mensaje y del canal que había elegido para hacérmelo llegar —una carta física, en estos tiempos—, una de las cosas que más me había chocado cuando lo recibí fue el tono en el que estaba redactado. Todo era bastante extraño. Intan había enviado la carta a la oficina. Estaba escrita a mano, y se dirigía a mí de forma muy directa y personal. Me hablaba con familiaridad, como si me conociera mucho más de lo que habían permitido nuestros intercambios laborales; muy frecuentes, pero más bien impersonales.

De acuerdo, al principio yo había tonteado un poco con ella... Algo inocente que no iba más allá de bromas amistosas, entre el halago vacilón y el requiebro oficinesco. Aquello no tenía más objetivo que colorear un poco mi aburridísima rutina. Soy consciente de que con las mujeres siempre acabo recorriendo esos caminos al principio, incluso con algunas que no me atraen en absoluto. Supongo que es parte de mi personalidad, el modo en el que suelo relacionarme con ellas. Me hace sentir más seguro; yo qué sé... Además, es mi manera de ser amable, de transmitirle a una mujer que la veo. Y, si la cosa no gusta, pues lo dejo. Había sido ese el caso con Intan: ella me trataba con amabilidad pero sin corresponder a mis tonterías, así que yo había captado la indirecta. En cualquier caso, ¿a mí qué me importaba? Si ni siquiera la conocía.

Es cierto que, a lo largo del año, sí que habíamos acabado conversando sobre algunas cosas un poco más personales, pero siempre relacionadas con las aves. Por ejemplo, habíamos hablado de por qué nos dedicábamos al mundo de los pájaros, hasta dónde habíamos llegado en su busca, cuándo había empezado nuestra afición y cómo esta se había acabado convir-

tiendo en nuestro trabajo. Nada más. Pero ahora, de la nada, ella me escribía tomándose unas confianzas tremendas —lo que no me ofendía, como es natural— y me invitaba a venir a su lugar de origen para encontrar eso que «yo andaba buscando». ¿Una excusa para romper con todo y lanzarme a la aventura? Puede. ¿Una puerta de entrada a... lo que ella pudiera llegar a ofrecerme? No, creo que no se trataba de nada de eso. Yo lo sentí como algo más grande. Un reto, un regalo.

Intan hablaba de una intuición suya, de cierto hallazgo. Lo que decía me llegaba muy dentro y de muchas maneras distintas. Bueno, no decía, más bien insinuaba; pero... ¿cómo ignorar aquella carta? Nada más terminar de leerla, ya sabía yo cómo acabaría la historia. O, mejor dicho, cómo empezaba: una vez lanzados los dados en mi tablero, no habría para mí más camino que el que se me había abierto por delante. Llevaba demasiado tiempo en la estrechísima casilla de salida en la que se había convertido mi vida, sin saber cómo empezar la partida... O si habría partida en absoluto. Por fin me tocaba mover ficha. Aunque fuera en un avión rumbo al mar de la China Meridional, y siguiendo las palabras de una desconocida.

El desayuno me sabe a poco. Acabo de tragarme un cuenco lleno de huevos líquidos que parecían crudos, con trozos de pan tostado impregnados en una mermelada verde. Contra todo pronóstico, estaba de muerte. Me levanto a por otra ración: a morir por Dios.

En la cola hay chinos, indios, malayos... Un anciano con el pecho desnudo sirve a los parroquianos un café negrísimo en el que ha lanzado un trozo de mantequilla. Se oye una radio. Vasos sucios, flores, té con leche, cáscaras de durian. Algunos bribones alados patrullan las mesas por parejas, robando restos de comida y picoteando a sus congéneres. Muchos

clientes duermen la siesta bajo los enormes ventiladores; y un paisano se corta parsimoniosamente las uñas de los pies, como si estuviera en su casa. En una de las mesas veo a un hombre que me llama la atención.

Es alto, pálido. Un tipo larguirucho con cara de pocos amigos y sin un pelo en la cabeza. Aunque parece extranjero, no tiene nada que ver con los otros occidentales que he visto por la ciudad, casi todos ellos jóvenes bronceados en busca de la ola perfecta. Aquel individuo, desde luego, poco tiene de surfero. Eso por no hablar del extraño chaquetón que lleva, unos viejos cueros colgando de grandes hombreras. Con esta temperatura, dan las siete cosas solo con mirarle... Un tío raro. Y me he dado cuenta de que lleva un buen rato observándome de reojo. No me gusta un pelo.

De pronto se me pasa una idea por la cabeza. Ayer por la noche yo estaba muy cansado, es verdad; y quizás me lo había imaginado todo, pero... la figura que yo había visto escurriéndose por el pasillo, justo después de que mi puerta apareciera abierta, podría corresponderse con la suya.

Antes de ir a por otra ración, me dirijo hacia su mesa.

SIGUE SIENDO POSIBLE VIVIR AVENTURAS

LA NUEVA NOVELA DE LA AUTORA DE ARCHIPIÉLAGO

Las brumosas selvas de Borneo custodian más de un secreto: los diamantes que se esconden en sus ríos han servido para sellar pactos y promesas desde hace siglos. Los sultanes los usaban para pagar rescates, los mercaderes indios arriesgaban sus vidas por hacerse con ellos y aventureros de todo pelaje han probado a desafiar a la suerte yendo en su busca. La historia acabó arrastrando los diamantes desde Borneo a tierras lejanas, donde la pericia de los tallistas flamencos convertiría aquellas fabulosas piedras prehistóricas en rosas de Amberes o indescriptibles brillantes victorianos.

Además de diamantes, la jungla guarda dentro de sí los sueños, glorias y tumbas de mil viajeros ya olvidados. Y, últimamente, esconde también algunas otras cosas.

Jaime, un especialista en pájaros que está viviendo un período difícil, decide aferrarse a una oportunidad que se ha abierto ante él y viaja hasta Borneo. Pero no está solo: pronto se convertirá en parte de un grupo de extraños amigos. Con ellos acabará cruzando el territorio de los dayak, los antiguos cortadores de cabezas; y lo que vivirán juntos le demostrará que sus viejos problemas eran solo minucias. Aunque eso ya empieza a intuirlo él mismo nada más llegar a la isla, durante su primera noche en el grandioso (y mu-griento) Mindanao Cinco Estrellas...



www.contraluzeditorial.es

